

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS ESTADOS UNIDOS EN 1974

EL ARTE DE DECIR LA VERDAD

— II —
HACE siete años, y en este mismo lugar donde escribo, dije que los americanos no saben mentir; es decir, que mienten mal, y en seguida se ve, y tienen que desdecirse y confesar que han mentado —o que hacen espionaje, o negocios sucios, o que la policía está con frecuencia corrompida, o tantas cosas más que en otras partes simplemente no se dicen—. Imagínese que se hiciera el experimento en cualquier otro país —las diferencias entre unos y otros son muy grandes, pero aún mayores entre cualquiera que yo conozca y los Estados Unidos.

Cuando yo escribía «Análisis de los Estados Unidos» no podía imaginar que los hechos iban a confirmar tan abundantemente mi tesis. En la vida pública americana, durante los últimos tres años, se ha mentado más de lo usual, y sobre todo mucho peor, increíblemente mal.

Pero yo tenía buen cuidado de advertir que el decir la verdad es algo admirable —tanto lo creo, que he puesto mi vida a esa carta—, pero delicado, difícil, que no se puede hacer de cualquier manera y a la diábala. Hace falta un arte de decir la verdad, mucho más sutil y problemático que el de mentir. Este último lo poseen muchos pueblos, y no el americano; el arte de decir la verdad no lo ha aprendido aún ninguno. Los americanos la dicen con gran frecuencia —por lo menos, terminan por decirlo—, pero sin arte, y esto suele comprometer el valor de lo que sería una maravillosa originalidad.

Pues bien, el otro día presencié lo que pudiera ser el comienzo de ese aprendizaje, una primera lección de veracidad inteligente. El nuevo presidente Gerald Ford se presentó voluntariamente ante la Subcomisión de Justicia de la Cámara de Representantes para explicar los motivos de su perdón de Nixon y contestar a las preguntas que se le dirigieran. No puedo saber si Ford decía enteramente la verdad; lo cierto es que pocas veces he visto hablar a un hombre de manera más convincente. Con serenidad, sentido de responsabilidad, moderación y seguridad a un tiempo, expuso sus puntos de vista y sus razones; y cuando llovieron sobre él las preguntas —benévolas o insidiosas, cordiales o ácidas, inteligentes o torpes—, fue respondiendo pausadamente a unas y otras, sin perder un momento la calma, con extremada claridad y paciencia, sin arrogancia, con una fuerza hecha de reposo. Parecía un promotorio batido por las olas. Contestaba a todo, sin eludir nunca una pregunta; cuando ésta era a todas luces inoportuna, explicaba por qué no la podía o debía responder. Daba la impresión de estar sostenido por una fuerza interior con la cual «consultaba» antes de contestar, y se pensaba que era la realidad el punto de referencia.

Ford no dijo nada brillante, coruscante, atractivo, ingenioso; no posee la retórica que el mundo necesita hoy quizá más que

ninguna otra cosa. Pero carece de toda frivolidad, de todo histrionismo, de toda astucia de leguleyo. Con esto no basta; pero por aquí hay que empezar. Tenía la impresión de estar viendo poner la primera piedra de un edificio que es urgente construir si la humanidad no ha de vivir a la intemperie —o en catacumbas.

El asunto Watergate ha dejado a los americanos una gran decepción. Aun los que están persuadidos de que la opinión ha sido manipulada por los medios de comunicación, de que se han presentado unilateralmente las cosas y con enorme exageración de su importancia, aun los que tienen la evidencia de que la presidencia de Richard Nixon ha tenido aciertos y méritos, no pueden menos de sentir que no ha estado a la altura de las circunstancias, que ha actuado sin escrúpulos que la sociedad americana todavía tiene; y —lo que es peor— que ha tratado de encubrir la realidad y confundir las cosas. Si las hubiera aceptado —y al hacerlo las hubiera reducido a su tamaño justo—, es muy posible que siguiera en la Casa Blanca. Pero ha estado por debajo de lo que se opina —o más bien se siente— que debe ser el presidente de los Estados Unidos, y los ciudadanos se consideran defraudados, como si hubieran recibido una moneda falsa.

Creo que hay, en dirección opuesta, una sombra de malestar, que algunos quieren olvidar, pero que aflora a las conciencias tan pronto como entran en cuentas consigo mismos. Tienen la impresión de que no se han hecho constar suficientemente los aciertos y méritos de Nixon, sobre todo el haber puesto término a la participación militar de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Esta guerra, iniciada mucho antes de su mandato, la encontró Nixon en su apogeo, con más de medio millón de soldados americanos envueltos en ella. Se consideró por innumerables americanos —y por muchos más extranjeros— como el problema más grave de los últimos veinte años, y una mayoría creía que esa participación era, por lo menos, un error. Se han escrito toneladas de papel, se han pronunciado millones de millones de palabras sobre este tema. Y cuando ha terminado a comienzos del año 73 ha descendido un telón de silencio, no se ha vuelto a hablar del tema, no se han sacado consecuencias de su eliminación, no se ha agradecido el haberlo querido y realizado. Esto es, si se tiene buen oído, otra manera de mentir.

Recuerdo una novela de Víctor Hugo que leí cuando era un muchacho de catorce o quince años: «Quatre-vingts treize» (Noventa y tres). Es una historia, retórica, patética, romántica, de la Revolución Francesa. Tiene, como toda la literatura —y la vida real— de esa época, una veracidad que viene de su torcimiento, de su abandono a la fuerza de la palabra, que permite reconocer el error o la culpa sin perder, sin comprometer el entusiasmo.

En esta novela hay un episodio que tengo en la memoria, imborrable, desde entonces. A bordo de un navío de guerra francés, un marinero —o acaso un artillero—, por imprudencia o negligencia suelta de sus amarras un cañón. Puede imaginarse lo que es un pesado cañón de marina, suelto, sobre la cubierta de un velero. La enorme mole metálica, impulsada por los cambios de nivel que provoca el oleaje, se desliza de un lado a otro. Con una pavorosa fuerza viva, destruye lo que encuentra y amenaza las vidas de los tripulantes. Va y viene, de un lado para otro, sin que pueda preverse su trayectoria, sembrando la destrucción. Todo el mundo está consternado. El cañón, por sí solo, está acabando con el navío. No se puede hacer nada. Entonces, el marinero que lo ha dejado escapar, aterrado ante las consecuencias de su imprudencia, se dispone a dominar al monstruo. Con gran esfuerzo, con improbable destreza, con riesgo terrible, tras muchos intentos, consigue sujetar el cañón, reducirlo, dominar el peligro. El navío entero respira.

Entonces, el capitán manda formar la tripulación. En medio, el marinero, el capitán, admirado, prende en su pecho una condecoración. En seguida ordena su fusilamiento. El marinero cae sobre la cubierta ensangrentada, con la medalla que su heroísmo y su destreza han merecido.

Me ha venido a la memoria muchas veces esta aventura de la novela de Víctor Hugo. Creo que son pocos los americanos que deseaban la continuación de Nixon en la presidencia; unos más y otros menos, la mayoría creen que su conducta ha justificado su forzada dimisión del puesto de mando más importante del mundo actual. Su «fusilamiento» político parece justo. Pero sienten que ha faltado la medalla, que una parte muy significativa de la prensa y la televisión no ha estado dispuesta a dársela, a reconocer sus méritos.

En uno u otro sentido. Pudo haberse llegado a una especie de «compensación»: en un platillo, Watergate, el encubrimiento de algo inaceptable, la «obstrucción de la justicia», la ocultación de la verdad; en el otro, el final de la guerra de Vietnam, la supresión del servicio militar obligatorio —¿cuántos saben que lo hizo hace más de un año?—, el restablecimiento de una política exterior prestigiosa y eficaz. El resultado pudo ser la aceptación del conjunto, la continuación de su mandato hasta 1976. O bien dos cuentas separadas: se pudo considerar que el asunto Watergate lo inhabilitaba para seguir siendo presidente de los Estados Unidos, pero que era, a pesar de ello, acreedor a una elevada suma de gratitud.

Algo de esto ha faltado, y con ello se ha faltado a la verdad. Ayer me pareció que Ford estaba intentando decirlo con un arte elemental y sencillo.

Julián MARIAS

UNA PREGUNTA EN PIE

LAS CIENCIAS Y LAS LENGUAS

¿HASTA qué punto vale la pena publicar «ciencia», pongo por caso, en catalán? Y eso del «pongo por caso» sirve para situar el asunto al nivel objetivo, genérico, que merece: ¿hasta qué punto, en efecto, vale la pena publicar «ciencia» en una lengua minoritaria? Para nosotros, catalanoparlantes, el problema puede tener —y realmente tiene— implicaciones históricas y sociales de una muy particular incidencia, por razones obvias; pero, de hecho, se plantea en términos parecidos para cualquier idioma demográficamente «pequeño», sea oficial de un Estado o no. La reciente reaparición del «Butlletí de la Institució Catalana d'Història Natural», de un lado, y de otro, una declaración suscrita por un grupo de científicos indígenas reclamando el uso del catalán para sus tareas, ponen el tema sobre el tapete. La voluntad está clara, en ambos casos. La pregunta, sin embargo, sigue en pie: ¿vale la pena?

Me salto, con premeditación y alevosía, un primer peldaño del debate: el del «derecho», exactamente del «derecho a». Que, en nuestra hipótesis, como es sabido, no ha dejado de tener su importancia. Lo que interesa, ahora, es la «utilidad». Por lo que cabe observar, en todas partes las «lenguas» constituyen un aviso de tensiones y asperezas, a menudo de una gravedad dramática. No se habla de ello tanto como convendría. Sea como fuere, nadie podrá negar que se trata de un incordio permanente, en especial en las zonas donde se producen «contactos» conflictivos. Quien sostenga que la cuestión de las «lenguas» no es importante, ya hace trampa con el simple enunciado de una presunta indiferencia. Si no fuese importante, además, no se producirían tantas y tantas amarguras disparatadas, como se dan en todas partes... Pero vayamos al toro: a sopesar la «utilidad» de la «ciencia» redactada en idiomas de alcance menor.

Cuando digo «ciencia», ahora, me refiero a las ciencias de veras. En general, las semiciencias o las pseudociencias, que pertenecen a la venerable área de las Humanidades, no encuentran tantas objeciones en este punto. Un libro

de historia, una monografía antropológica, un estudio de economía, relativos al país, son perfectamente admisibles en la lengua autóctona. Al fin y al cabo, son papeles cuya clientela previsible se recluta, si la consiguen, entre la población propia. Si algún forastero tiene la veleidad de curiosear en la materia, hará el esfuerzo —lo habrá hecho antes— de aprender el lenguaje particular del territorio. Eso no inquieta a nadie. Pero ¿y las matemáticas, y la física, y la química, y la biología y...? La filosofía no. La filosofía, que, desde luego no es una ciencia ni nada que se le parezca, es prima hermana de la poesía lírica, y por fatalidad familiar, se nutren de «idiotismos»: de genuidades...

Haré un alto en esta esquina. Cuando a los minusválidos lingüísticos se nos conceden respiros indulgentes, la generosidad empieza por ahí. La lengua «materna» es admitida como trámite natural, por espontáneo, para la poesía, para la literatura de cualquier especie: sola literatura. No comparto ciertas aprensiones de mis paisanos sociolingüistas, que se han cebado —con sarcasmo— en el tópico de la «lengua materna», como si esta tierna noción hubiese sido un invento de don Bonaventura Carles Aribau y de sus derivados «renaixentistes». Con un poco de cultura general, los críticos aludidos podrían haberse enterado de que el cliché —válido para mucha gente— procede, por lo menos, de la Roma clásica, y que más de un texto de Cervantes lo repite: la universalidad del tropo o del argumento es total... Se nos obsequia, repito, con referencias más o menos capciosas acerca de la «literatura»...

¿La «ciencia»? Por supuesto, la literatura es una operación con y sobre el idioma. «La fille de Minos et de Parsipha...» El gran alejandrino de la «poesía pura» que el abate Brémond y Paul Valéry —quizá sólo Brémond: no lo recuerdo— colocaron como referencia insigne, era un «bibelot d'innanité sonore». Pero no todo era «inanidad sonora». Las dificultades de traducir de una lengua a otra un texto literario evidencian lo que un poema —no siempre, pero sí con frecuencia— es indivisible o inseparable de la

lengua en que fue escrito. Lo de la filosofía es igual. Pese a la seriedad profesional de don José Gaos, su versión de Heidegger al castellano no pasa de ser una aproximación al original. Incluso Sartre, que escribía, o escribía, en francés, idioma notoriamente menos complejo que el alemán, resultó poco «exacto» en sus versiones a los romances adyacentes...

No estoy en condiciones de meterme con Kant o con Hegel, autores que las universidades latinas han recibido a través de traducciones espléndidamente desconfiables. Con Nietzsche, y en castellano, hemos asistido últimamente a disputas amenísimas sobre el grado de literalidad de sus escritos... Cuando don José Ortega decía «allendidad», ¿cómo podría entender el voquible un francés o un inglés, por muy hábil que hubiese sido el trujamán?... La «ciencia» es otro mundo. Como también las tentativas de científicar la filosofía, con todo eso de la lógica matemática y demás. La ciencia tiende a ser algebraica: no depende de los matices de léxico ni de los trucos de la sintaxis, a que nos hemos acostumbrado a fuerza de metafísica y de poesía. La «ciencia» auténtica no juega con las palabras.

Y a este propósito, recuerdo una polémica ventilada entre dos distinguidos eclesiásticos celtibéricos, hacia finales de la Dictadura: el padre Getino y el canónigo Cardó. Don Ernesto Giménez Caballero había organizado una exposición del «libro catalán» en Madrid, y el acontecimiento suscitó su polvareda polémica. Getino venía a decir: «Bueno, escriban ustedes en catalán poemas, dramas, sobre todo sainetes, incluso alguna novela; pero un libro de ciencias en catalán es una tontería». Cardó, si no me falla la memoria, le replicaba: «Una persona culta europea hallará dificultades enormes para leer a Verdager en el original, pero entenderá perfectamente, si no es un asno absoluto, un papel catalán que trate de matemáticas». Y tenía razón el canónigo. La ciencia, en catalán o en danés, es mucho más inteligible para el forastero que Verdager o Kierkegaard. La ciencia es parca en matices lingüísticos, y expresando-

se en una lengua determinada nunca es difícil para el lector extraño, si es medianamente culto, que es lo que corresponde ser.

Bien mirado, hoy, ¿cuál es la «lengua» de la ciencia? No el castellano, ni siquiera el alemán, y menos el francés que el alemán. En la órbita de las convivencias occidentales, el inglés sale ganando, y no por Inglaterra, sino por los yanquis, que tienen la sartén académica por el mango. Un científico yugoslavo, noruego, catalán, y de donde sea, ha de saber bastante inglés para estar al tanto de lo que informan sus colegas, y ha de hacerse manifestar en inglés cuando tenga algo nuevo que decir, si desea ser atendido. Pero si escribe y publica —pongo por caso— en catalán, y lo que refiere es serio y válido, no pasará desapercibido. Ni mucho menos. Tal como funciona la maquinaria de la ciencia teórica o aplicada, hoy día, la lengua minoritaria en que se exprese no es una barrera. Lo es para la literatura —filosofía aparte, que tiene su «mafia»—, pero no para la ciencia.

A estas alturas, y hablando del y en catalán, no hay más reticencia que la que nosotros mismos, en nuestro condenado provincianismo, podamos oponer. ¿Publicar «ciencia» en catalán? Lo que científicamente dé de sí el país, ¿en qué otra lengua habría de explicarse? O en la propia o en una lengua auxiliar estratégicamente calculada. ¿En inglés? Pues en inglés. Pero en catalán; y en danés, y en finés, y en sueco, y en noruego, y en esloveno, y en provenzal, o en lo que se presente. Una de las oportunidades que las lenguas «pobres» —mendigas— tienen es que sus hablantes «científicos» las hagan valer con su ejercicio. La retracción tímida, colonial o folklorica, sería suicida. La primera tesis doctoral en catalán, la del señor Ribó, es todavía de «ciencias sociales». Las sucesivas, que traten de átomos, de neuronas o de la autonomía del número, ¿no habrían de ser también en catalán? El inglés como alternativa aún es prematuro...

Joan FUSTER

ROTULOS Y MARQUESINAS
 226 38 96 • 245 43 09
ROTULOS IASDA

LÍNEAS INTERNACIONALES A
PARIS LYON LONDRES
 TODOS LOS DIAS CON
IBERBUS
 VERGARA, 2 - TEL. 318-57-46
 Y AGENCIAS DE VIAJE

PROGRAMACION IBM

- * Curso SUBVENCIONADO y adscrito a la Universidad para procesar programas. Medios audiovisuales.
- * BOLSA DE TRABAJO y Equipos de Proceso de Datos para el inicio laboral de los alumnos. ASESORAMIENTO post-curso en las empresas.
- * PRACTICAS reales sin limitaciones al disponer de Ordenadores 360-30 y 370 que le permitirán trabajar como programador.
- * TEST de aptitud gratuito. MATRICULA ABIERTA HASTA EL DIA 15 de noviembre.

ESCUELA DE INFORMÁTICA
 (Reconocido por el Ministerio de Educación y Ciencia incluido en el Nomenclador de Centros Colaboradores del Ministerio de Trabajo)
ESTUMER
 Avda. José Antonio, 392 (Pl. España) Tel. 325 09 47
 Calle Aragón, 112 (C. Urgel) Tel. 254 30 08